

## NUEVAS TECNOLOGÍAS, NUEVAS DEPENDENCIAS, NUEVOS FEUDALISMOS

Fecha de recepción: 11/03/2021

Fecha de aprobación: 22/03/2021

Las reflexiones siguientes surgieron a partir del diálogo intelectual con tres obras que critican duramente al capitalismo de nuestros días, al que califican como *digital* y con la realidad mundial imperante, a partir de la difusión pandémica del coronavirus. Dos de estas obras, la de los investigadores europeos, constituyen una crítica demoledora de esta nueva etapa del capitalismo que denominan a manera de denuedo: *nuevo feudalismo*. La restante, vinculada con las nuevas formas de educación digital y resultado de las propuestas de un investigador chileno, deja una luz de esperanza al final del túnel.

Los autores y libros de referencia son: Evgeny Morozov, *Capitalismo Big Tech: ¿Welfare o neofeudalismo digital?* (Madrid, Enclave de libros, 2018, 276 páginas), Cédric Durand, *Techno-féodalisme: Critique de l'économie numérique* (París, Zones, 2020, 256 páginas) y Cristóbal Cobo, *Acepto las condiciones. Usos y abusos de las tecnologías digitales* (Madrid, Fundación Santillana y Centro de Estudios Fundación Ceibal, 2019, 170 páginas).

Evgeny Morozov, nacido en 1984 en Bielorrusia, investiga las implicaciones políticas y sociales de las tecnologías, el impacto en las configuraciones culturales de las

desigualdades tecnológicas y el surgimiento de sociedades cada vez más inequitativas. Formado en Bulgaria y Alemania, vive en Estados Unidos. Allí ha sido investigador invitado en la Universidad de Stanford, miembro de la Fundación Nueva América y editor, colaborador y bloguero de la revista *Policy Foreign*, para la cual escribió el blog *Net Effect*. Trabajó para *Yahoo*, para la Escuela de Relaciones Exteriores de la Universidad de Georgetown y para el Open Society Institute. Fue columnista del periódico ruso *Akzia*, sus escritos han aparecido en varios periódicos y revistas a lo largo del mundo, incluyendo *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *Financial Times*, *The Economist*, *The Guardian*, *The New Yorker*, *New Scientist*, *The New Republic*, *Corriere della Sera*, *Newsweek International*, *International Herald Tribune*, *San Francisco Chronicle* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Actualmente está haciendo un doctorado en historia de ciencia en Harvard. En 2009, fue escogido como uno de los oradores de la Conferencia TED (*Technology, Entertainment, Design*), para hablar de la influencia de la *web* en la participación ciudadana, de la formación de ciudadanías tecnológicas y de cómo estas influyen en el

cuestionamiento y la inestabilidad de regímenes autoritarios, en sociedades cerradas o en países en transición.

En sus libros anteriores, *El desengaño de Internet. Los mitos de la libertad en la red* (Madrid, Destino, 2012) y *La locura del solucionismo tecnológico* (Madrid, Katz, 2015), había argumentado sobre:

- cómo afectan las tecnologías de la información y la comunicación a las sociedades actuales,
- las tensiones entre las expectativas fomentadas por las ciber-utopías y las realidades cotidianas, que suceden en el mundo real,
- la irracionalidad de las posturas que dentro del llamado “solucionismo” tecnológico propugnan rápidas soluciones para todos los temas, desde los más elementales o los más complejo.

Morozov cree que la tecnología debería ser objeto de debate público, como lo son los debates políticos, económicos históricos y culturales, dado que tienen hoy tanto o más influencia que estas cuestiones.

Cédric Durand, nacido en 1975 en Francia, investiga y dicta clases en la Universidad de La Sorbona de París. Es un especialista de la organización de la economía mundial y de la dinámica del capitalismo, por lo que en sus libros se ocupó de empresas multinacionales, de

las cuestiones relacionadas con las deslocalizaciones, la globalización, las cadenas mundiales de producción: *El Capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro* (Barcelona, Ned, 2018, junto con Celia Recarey Rendo), *Altermondialistes: Chroniques d'une révolution en marche* (París, Alternatives, 2006, junto con Loïc Abrassart) y *Le capitalisme est-il indépassable?* (París, Petite encyclopédie critique, 2010).

Es autor de la noción de “capital ficticio”, concepto tomado de Karl Marx, que significa cómo dar hoy un valor a unos flujos de ingresos que se esperan en el futuro. Es la operación que permite dar un valor a los créditos, a las acciones, a la deuda pública.

Juan Cristóbal Cobo Romani, nacido en 1976 en Chile, se especializa en cuestiones relacionadas con el impacto o los alcances educativos de las nuevas tecnologías. Realizó sus estudios universitarios en Chile, Reino Unido y España, en temáticas referidas a la economía, las ciencias de la comunicación, las ciencias de la educación e internet. Investigador, consultor y activo productor de conocimiento científico es especialista *senior* en políticas de Educación y Tecnología. Fundó y dirigió el Centro de Estudios “Fundación Ceibal” en Uruguay, formó parte del cuerpo académico en la Universidad de Oxford, siendo, hoy,

especialista *senior* en políticas de educación y tecnología para el Banco Mundial. Ha trabajado en proyectos en Sudamérica, Norteamérica y Europa. Su principal aportación teórica es el concepto de “aprendizaje invisible” que promueve la idea de que el aprendizaje debe ser el resultado de la acción y la interacción, que promueve una actitud activa y participativa, que reemplace la tradicional educación sostenida en la instrucción pasiva del alumnado.

Ha sido conferencista invitado en cuatro reuniones TED, en las que explicó y ejemplificó sobradamente sobre sus perspectivas analíticas, focalizando en la intersección entre aprendizajes, cultura de la innovación y tecnologías centradas en las personas, temáticas a las que dedicó tres obras, dos en coautoría: *Planeta Web 2.0 Inteligencia colectiva o medios fast food* (Barcelona, Transmedia, 2007, junto a Hugo Pardo), *Aprendizaje Invisible. Hacia una nueva ecología de la educación* (Barcelona, Universidad de Barcelona, 2011, junto a John Moravec) y *La innovación pendiente. Reflexiones (y provocaciones) sobre educación, tecnología y conocimiento* (Montevideo, Sudamericana, 2016).

Las tensiones sociales, las angustias existenciales, las divisiones políticas que ellos estudiaron, no han hecho más que profundizarse en este último año. El estado actual del mundo pandémico ejemplifica las tensas y

ambiguas relaciones entre las sociedades y las tecnologías. Un ejemplo basta para poder comprender cabalmente lo dicho: las discusiones en torno a la vacuna y la vacunación. Estos debates han basculado desde los referidos a las etapas de los protocolos de investigación a la compra por parte de los estados de dosis muy superior a las que pudieran necesitar su población, y reflejan las claras motivaciones políticas y comerciales de los promotores del desarrollo tecnológico tanto como las discusiones morales y éticas vinculadas con el diseño y la aplicación de las nuevas tecnologías.

¿Las mismas vacunas llegan a todos? ¿En todos los lugares del globo están recibiendo las dosis suficientes? ¿En todos los países las campañas de vacunación tienen en cuenta solo las cuestiones sanitarias o hay implicancias de índole sexual, étnico, racial en estas disposiciones?

Lo mismo puede pensarse, preguntarse y responderse de manera afirmativa en todo lo referido al acceso a la tecnología, que dista mucho de la igualdad prometida: ni todos somos hermanos ni hay lugar para todos, son todo lo contrario de lo que prometen. Iniquidad, falta de igualdad, costos elevados y desiguales están a la orden del día para acceder tanto a unas dosis de vacunas como a mejorar la calidad del servicio de internet o de datos móviles, tan necesarios para llevar adelante las tareas

del teletrabajo o los procesos de enseñanza y aprendizaje virtuales.

A pesar de dicha prédica igualitaria, el mundo en el que vivimos resulta, a pesar de dicha prédica igualitaria, asimétrico, desigual y costoso, lo que para estos autores representa un retorno al feudalismo o una nueva forma de organización feudal: el *feudalismo digital* que bajo el manto de una retórica de progreso e innovación esconde el antiguo látigo de la dominación. Cambian los nombres y los actores, pero no cambia la realidad del sometimiento de las grandes mayorías a las decisiones de unos pocos.

El avance de internet y el mundo algorítmico profundizó las brechas y las asimetrías surgidas en la era digital, así como las nuevas formas de ejercicio del poder y control, en manos de las gigantes empresas tecnológicas, conocidas como GAFAM (*Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft*), incluso sobre los gobiernos nacionales, que han perdido protagonismo.

En la actualidad, en el sector de las tecnologías digitales, se pueden reconocer dos grandes grupos de empresas. El primero, las *startups*, financiadas por inversionistas de capital de riesgo que esperan que las pérdidas en el corto plazo les aseguren una posición dominante en el futuro; en su mayoría, desarrollan tecnologías complementarias a las de los gigantes tecnológicos para que estos las compren y las integren en sus verdaderos imperios de datos. El

segundo, los gigantes tecnológicos antes mencionados (GAFAM), son los que dominan el mercado y lo controlan prácticamente todo: las inversiones a corto y a largo plazo, las necesidades de los usuarios, las políticas empresariales y las legislaciones estatales; todo pasa por el control de sus directores ejecutivos.

Desde hace varios años y como resultado del auge de las plataformas tecnológicas, estos *gigantes* se han conformado como una especie de estado de bienestar paralelo a los estados, privatizándolo todo y subvencionando muchas de nuestras actividades cotidianas, de manera casi invisible o incluso poco clara en cuanto a la transparencia de los mercados. Según los principales portavoces de las grandes empresas digitales, las nuevas tecnologías tienen una función igualadora, pues dan a los pobres las mismas oportunidades que a los ricos.

La narrativa que ve en la economía digital un bienestar generalizado y las posibilidades de auge económico es precisamente eso, un discurso atractivo y no una realidad concreta, dado que los pobres siguen siendo pobres, mientras los ricos acrecientan su riqueza.

De alguna manera, sus propuestas reactualizan las lecturas del Pato Donald propuestas hace casi cincuenta años por Ariel Dorfman y Armand Mattelart. Ellos propusieron un

libro clave, que entendieron como un manual de descolonización. Su tesis principal es que las historietas de la factoría de *Disney* para Latinoamérica no solo serían un reflejo de la ideología dominante sino fundamentalmente cómplices activos y conscientes de la tarea de mantenimiento y difusión de dicha ideología.

Las claves de lectura promovidas hoy tienen varios objetivos, que podemos sintetizar en tres:

- exponen las grietas más profundas y dolorosas abiertas por el capitalismo,
- proponen acciones políticas y sociales concretas para tensionarlas, buscando generar cambios,
- promueven la educación tecnológica como recurso eficaz para lograr las transformaciones y la democratización verdadera.

Los lectores de estos libros participan de un universo cultural e intelectual que resulta crítico del capitalismo, al que denominan *feudal*, dado que todos comparten que en el imaginario de esos grupos este nombre remite a una etapa histórica y social que todos creían superada. Sin embargo, los inicios del 2021 reactualizan el sometimiento del *campesino medieval*. Todos somos campesinos, *nuevos campesinos digitales*, que aceptamos con pasividad dicha dominación, escondida en las proclamas

falaces e igualitarias del nuevo feudalismo o feudalismo digital.

Dentro de las proclamas básicas del feudalismo digital encontramos las que afirman que estos servicios son en su mayoría gratuitos, lo que resulta falso también. Siempre que alguien utiliza gratis un servicio, ese costo alguien lo soporta, aunque no sean las empresas. La gratuidad promovida en las propagandas es falaz, el costo se paga, sea o no en dinero. Por lo general, la tan mentada gratuidad de los servicios se da a cambio de datos: nosotros recibimos los servicios gratis y las grandes empresas el manejo de una base de datos que es infinita. Sin importar la calidad, esta ilusión de costo cero implica un cambio desigual y perjudicial para los usuarios, que no siempre están al tanto de ello, dado que los servidores no comunican tales acuerdos previos entre los gobiernos y las empresas.

Los nuevos universos virtuales han expandido la idea de que la democratización de su uso supone una democratización de todos los ámbitos digitales, cuando en realidad resulta todo lo contrario: tenemos un mayor acceso a la información y a las tecnologías, pero paralelamente el control de esos datos y la riqueza que generan se concentran en pocas manos. Cuando se navega por la *web*, cuando se utiliza una plataforma, cuando uno se descarga una *app* se están generando datos. Y esos datos son utilizados por diferentes empresas para

generar anuncios cada vez más personalizados. Los sistemas digitales que se usan de forma gratuita en realidad se cobran su uso por medio del acceso a los datos personales de los usuarios, analizan los investigadores bielorruso y francés. Como se ha dicho muchas veces, el *big data* es el nuevo petróleo del siglo XXI.

En el *feudalismo digital* unos pocos administran los datos y una gran población los entrega sin recibir una compensación económica. Las grandes empresas tecnológicas, radicadas mayormente en Estados Unidos, pero con una creciente disputa con las chinas, hacen uso masivo de dichos datos, convirtiéndose en las empresas con mayor valuación bursátil en la actualidad y las únicas que han podido recuperarse de la crisis financiera mundial que estalló en 2008, a costa de la pérdida de funciones de los estados, del debilitamiento de las leyes antimonopolio o de la privatización de servicios públicos.

A partir de 1990 esta idea acompañó la renovación del neoliberalismo: innovación, emprendimiento, protección de la propiedad intelectual fueron las ideas que sostuvieron ese crecimiento. El discurso, desde entonces hasta ahora, es el mismo: se afirmaba que las tecnologías de la información y de la comunicación, en especial la esfera digital, bajarían los costos, garantizando una etapa de prosperidad. Como siempre, en la realidad ocurrió todo lo contrario.

Los pocos dueños y CEOs de estas grandes empresas se convirtieron en nuevos señores feudales digitales, que administran, se enriquecen a costa de la gran mayoría y son los responsables de sostener y difundir esa democratización digital engañosa, dado que, si bien la mitad de la población mundial está cada vez mejor conectada, la otra mitad no tiene ni siquiera acceso a la red. Junto a esta falsa conciencia han propagado la idea equivocada de que con tener internet alcanza para hacer la diferencia cuando en realidad lo que importa es el uso y el valor que se le dé al acceso a los dispositivos o a la conectividad.

El llamado Consenso de *Silicon Valley* le agregó al Consenso de Washington una capa suplementaria. La gran racionalidad de los acuerdos de Washington consistió en decir que la planificación no funcionaba más porque la Unión Soviética había fracasado. Por consiguiente, lo que hacía falta era liberar los mercados. El mito promovido luego, que se empieza a elaborar en los años noventa y se cristaliza en los años dos mil cuando el neoliberalismo estaba en dificultad, consiste en enunciar que hace falta alentar a los innovadores y que es preciso el respaldo a los emprendedores. Y para llevar a cabo eso es preciso dejar que los mercados funcionen con más libertad y, al mismo tiempo, proteger los intereses de los innovadores y de los creadores de empresas. Inmediatamente

se adoptaron medidas muy duras para proteger las ganancias del capital, siempre con esa lógica: proteger e incitar para favorecer la innovación.

Hoy, el consenso generado por la *Silicon Valley* pierde peso, ya que es cada vez más evidente lo que genera: acumulación inmoral de ganancias, instauraciones de verdaderos tecnodictadores, desigualdades sociales, desempleo crónico, millones de pobres suplementarios y un puñado de tecnooligarcas que han acumulado fortunas jamás igualadas. La tan cantada nueva economía dio lugar a una economía de la dominación y la desigualdad.

La digitalización del mundo no ha conducido al progreso humano sino a una gigantesca regresión en todos los ámbitos: restauración de los monopolios, dependencia, manipulación política, privilegios y una tarea de depredación global son la identidad verdadera de la nueva economía, de un capitalismo en vías de regresión. Lo que está en juego dentro de la economía digital es una reconfiguración de las relaciones sociales que se manifiesta a través del resurgimiento de la figura de la *dependencia*, central en el mundo feudal. La idea de la dependencia remite al principio según la cual existe una forma de adhesión de los seres humanos a un recurso. En el seno del mercado hubo una monopolización, por parte del capitalismo, de los medios de producción, pero estos

medios han sido plurales. Los trabajadores debían encontrar trabajo y, en cierta forma, podían elegir el puesto de trabajo. Existía una forma de circulación que daba lugar a la competencia. En esta economía digital, en este *tecnofeudalismo*, los individuos y también las empresas adhieren a las plataformas digitales que centralizan una serie de elementos que les son indispensables para existir económicamente en la sociedad contemporánea. Se trata del *Big Data*, de las bases de datos, de los algoritmos que permiten tratarlas, de la minería de datos como factor esencial. Aquí nos encontramos ante un proceso que se retroalimenta continuamente: cuando más participamos en la vida de esas plataformas, cuando más servicios indispensables ofrecen, más se acentúa la dependencia.

La situación que genera mata la idea de competencia, dado que la dominación pasa a los individuos al trasplante digital. Este tipo de relación de dependencia tiene una consecuencia: la estrategia de las plataformas que controlan esos territorios digitales es una estrategia de desarrollo económico que se sirve de la depredación y de la conquista. *Se trata de conquistar más datos y espacios digitales y adquirir más y más espacios digitales significa acceder a nuevas fuentes de datos.*

Entramos aquí en una suerte de competición donde, a diferencia de

tiempos anteriores, no se busca producir con más eficacia, sino que se trata de conquistar más espacios. Este tipo de conquista resulta similar al sometimiento feudal del campesinado y a la competición entre señores, que tenía lugar con el objetivo de depredar y de aniquilar al adversario. Ambos elementos, la dependencia y la conquista de territorios, nos acercan a la lógica del feudalismo.

Pese a esta crítica feroz y descarnada que realizan Morozov y Durand, para Cobo no todo está perdido, dado que es posible y también necesario que los sectores dominados por estos *señores feudales digitales* saquen el mayor provecho posible de las oportunidades que les brindan las nuevas tecnologías.

Para optimizar los recursos es necesario potenciar la educación digital, esto sí favorecería la tan mentada democratización. Esta educación va más allá de lo que se enseñe en las escuelas, debería fomentar la alfabetización digital en la que los usuarios entiendan que mucho de lo que consumen está influido por un conjunto de algoritmos que moldean la realidad según sus gustos e intereses, lo que redundaría en una mayor autonomía en su toma de decisiones.

Otro ejemplo de lo hasta aquí abordado podrían ser las *fake news* o falsas noticias, que se pueden viralizar en cuestión de minutos. ¿Por qué se difunden estas mentiras como si fueran verdades? Porque los individuos carecen

de todos los elementos para descubrir el engaño. Una persona educada digitalmente contaría con herramientas y los conocimientos necesarios como para validar una información o distinguir entre una fuente fiable de otra que no lo es resulta fundamental.

La ciudadanía que desarrolle habilidades vinculadas al pensamiento computacional, alfabetismo digital crítico, alfabetismo de datos o de redes, entre otras capacidades podrá comprender mejor su mundo, lo que supone enfrentarse a temáticas relativas al tiempo ocioso que la gente pasa utilizando diferentes dispositivos electrónicos, muchas veces entendido como algo alejado de la buena educación. Esto podría solucionarse con una dieta saludable de consumo mediático, pero habría que repensar todos los planes educativos al respecto, dado que la sobreestimulación informacional es una causa importante que afecta a nuestra capacidad de enfocarnos en algo.

Los ciudadanos y consumidores pueden incluso obtener alguna ganancia, que el investigador chileno llama renta de lo intangible. Esta renta significa que si somos capaces de controlar esos elementos también podremos obtener beneficios económicos, independientemente del esfuerzo productivo que se haya realizado. Es la definición misma de la renta, o sea, obtener ganancias sin esfuerzos productivos. Los intangibles son los activos

como las bases de datos, las marcas, los métodos de organización, o sea, todo lo que se puede repetir al infinito sin costos. En la economía digital, la acumulación de las ganancias favorece a los intangibles.

Superar este estado de situación es complejo, las asimetrías y abusos de poder no se resuelven con un solo *click*. Sobre todo, es necesario que los ciudadanos sean más conscientes de los procesos e intereses que están involucrados en la era digital y que los estados tengan mayor protagonismo y dinamismo a la hora de legislar asegurando que la protección de la ciudadanía en la era digital sea una prioridad.

En tiempos de la pandemia, las aplicaciones de rastreo de contacto que buscan reducir la cadena de contagios de coronavirus son una buena demostración de que es falsa la dualidad entre libertad y seguridad. Se pueden tomar medidas para cuidar a la ciudadanía buscando ser transparente. La lógica de la vigilancia acaba por trascender a los individuos, que se enfrentan a un camino sin salida. No podemos escaparnos de ese mundo porque, individualmente, somos más débiles que los algoritmos. Estamos dominados y guiados por ellos.

Las plataformas lo controlan todo y cuando algo está fuera de su control compran a las empresas que compiten con ellas. Monopolizan todo. Lejos de ser un mundo de oportunidades es un mundo

donde, finalmente, las polarizaciones se acentuaron.

Poco a poco vamos cada vez más hacia ese feudalismo. No es aún una forma completa, todavía hay sectores y espacios sociales que escapan a esa lógica, pero la lógica del tecno-feudalismo tiene un ascendente continuo sobre nuestras vidas. La figura del aplastamiento y de la centralización a través de los espacios digitales nos conduce al lado opuesto de toda perspectiva de emancipación. Es probable que a largo plazo el sector de las tecnologías digitales multiplique las contradicciones del sistema actual y lleve a que muchos de sus elementos y relaciones se vuelvan aún más jerárquicos y centralizados.

La discusión sobre el estado de bienestar privatizado en manos de las grandes empresas tecnológicas, que pone de relieve que el modelo de negocios consistente en ofrecer servicios gratuitos a cambio de datos, no es el único posible para las empresas tecnológicas y de hecho ya está siendo puesto en cuestión.

Estos profundos cuestionamientos a los tiempos presentes recurren una vez más a la caracterización negativa del feudalismo medieval, como si fuera solamente este tipo de organización y explotación la que supone abusos y sometimientos.

Parece que tendremos que acostumbrarnos, dado que en otros

planteos, de índole filosófico, ligados a cuestionamientos políticos recientes o bien actuaciones de grupos terroristas diversos, la idea de un retorno al mundo feudal parece imponerse como forma de expresar nuestro cuestionamiento a la individualidad extrema, la falta de oportunidades para todos, el sometimiento de amplios sectores empobrecidos de la población a una minoría que cada día se enriquece más, una clase política que vive a expensas de su sociedad pero dándole la espalda, una fragmentación territorial que promueve terrores de todo tipo, una ética imperante

baste lábil y acomodaticia... y podríamos seguir con la enumeración.

Tecnologías que ya no son tan nuevas, generan variadas formas de dependencia que imponen el concepto de trabajar en todo momento y lugar, sin respetar los acuerdos de descansos dominicales, nos llevan, sin duda, a acordar que estamos ante otra etapa del capitalismo salvaje, sin dudas digital, pero ¿necesariamente neo feudal?

**Gerardo Rodríguez**

**Universidad Nacional de Mar del Plata**

**Juan Francisco Jiménez Alcázar**

**Universidad de Murcia**